UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

39

JULIO-SEPTIEMBRE

1950

IMPRENTA UNIVERSITARIA

FILOSOFIA
Y
LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR - FUNDADOR:
Eduardo García Máynez

SECRETARIO:
Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... $ 11.00
Exterior .....Dls. 2.00

Número suelto.... $ 3.00
Número atrasado 4.00

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

Tomo XX México, D. F., julio-septiembre de 1950. Número 39.

Sumario

ARTICULOS

		Págs.
José Gaos	*Actualidad de Descartes*	9
José M. Gallegos Rocafull	*Las Pruebas Cartesianas de la Existencia de Dios*	23
Elí de Gortari	*Oposición entre la Física y la Metafísica en Descartes*	41
Juan Manuel Terán	*Descartes y la Política Moderna*	69
José Luis Curiel y Benfield	*La esfera afectiva en el pensamiento cartesiano*	69
Leopoldo Zea	*Descartes y la Conciencia de América*	93
Francisco López Cámara	*El Cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza y Góngora*	107
Bernabé Navarro	*Descartes y los Filósofos Mexicanos modernos del siglo XVIII.*	133

Págs.

Rafael Moreno . . . . . *Descartes en la Filosofía de la Ilustración Mexicana.* 151

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Eduardo García Máynez . . . *Latin-American Philosophy of Law in the Twentieth Century (Josef L. Kunz.)* . . . 171

Pedro Rojas Rodríguez . . . *Extremos de América.* (Daniel Cosío Villegas.) 174

Raúl Cardiel Reyes . . . . . *Filosofía del Oriente.* (C. P. Conger, J. Takakasu, D. Teitaro Susuki y Shunzo Sakamaki) . . 183

Enrique Espinosa . . . . . *Antropología Pedagógica.* (Herman Nohl.) 187

Alicia Gómez Orozco . . . . . *Introducción a la Psicología Científica.* (Oswaldo Robles.) . 189

Rafael Heliodoro Valle . . . . . *Actas del Cabildo de San Juan Bautista de Puerto Rico.* (Publicación Oficial del Gobierno de la Capital.) 191

Félix Gil Mariscal . . . . . *Como Tajo de Hielo.* (Jorge Ramón Juárez.) 192

Juan Hernández Luna . . . . . Notas de la Facultad de Filosofía y Letras 197

Publicaciones recibidas 201

Registro de revistas 203

DESCARTES Y LA CONCIENCIA DE AMERICA

Descartes, al preguntarse por las causas de la desigualdad que reinaba en todos los campos de la cultura de su mundo, exclamaba con cierta amargura: "¡Cuán difícil es hacer cumplidamente las cosas cuando se trabaja sobre lo hecho por otros!" Con estas palabras el filósofo francés hacía patente el sentimiento que arraigaba en el hombre europeo que había necesitado descubrir un nuevo mundo para satisfacer la inconformidad de su espíritu. En lo hecho por los otros, en la historia y la sociedad, estaba el origen de todas las desigualdades. Desigualdades políticas, sociales, religiosas y morales; desigualdades de opinión en todos los campos de la cultura. Desigualdades que habían dado origen a sangrientas y largas guerras. Desigualdades que encontraban su apoyo en la historia, la tradición y las costumbres.

Frente a estas desigualdades, la conciencia hacía patente la accidentalidad de las mismas. Hasta ayer los hombres se habían empeñado en hacer de lo accidental algo permanente. Lo natural parecía ser esa desigualdad en todos los campos de la acción humana. Sin embargo, analizando con cuidado, buscando con gran atención, el hombre moderno había caído en la cuenta de la accidentalidad de esa serie de justificaciones de la desigualdad. Lo natural al hombre, aquello por lo cual un hombre es un hombre, era la razón o buen sentido. Y ésta, la razón, era "naturalmente igual en todos los hombres", decía el propio Descartes. La desigualdad tenía un origen remoto pero accidental. Esto era algo que le había sucedido al hombre debido a una serie de circunstancias diversas. A estas circunstancias habrán de referirse los filósofos modernos desde Descartes a Juan Jacobo Rousseau.

Decía Descartes: la desigualdad, "la diversidad de nuestras opiniones no proviene de que unos sean más razonables que otros, sino tan

sólo de que dirigimos nuestros pensamientos por derroteros diferentes y no consideramos las mismas cosas". Esto es, la desigualdad tiene su origen en el hecho de que los individuos toman diversos caminos orientados por una serie de prejuicios: educación, costumbres, etc.; de donde nace también ese considerar las cosas desde puntos de vista diferentes; tan diferentes como los prejuicios impuestos. A estos prejuicios impuestos se refería el filósofo francés cuando decía: "Pensaba yo que, como hemos sido todos nosotros niños antes de ser hombres y hemos tenido que dejarnos regir durante mucho tiempo por nuestros apetitos y nuestros preceptores, que muchas veces eran contrarios unos a otros, y ni unos ni otros nos aconsejaban siempre acaso lo mejor, es casi imposible que sean nuestros juicios tan puros y tan sólidos como lo fueran si, desde el momento de nacer, tuviéramos el uso pleno de nuestra razón y no hubiéramos sido nunca dirigidos más que por ésta." Los apetitos y "los otros", como preceptores, son así, la causa de las desigualdades humanas. Cicerón había llamado a lo hecho por los otros, a la historia, "maestra de la vida"; pues bien, era esta maestra una de las principales causas de los males que tenían su origen en la desigualdad.

¿Cómo acabar con las desigualdades y, con ello, con todas las miserias que provocan? Rompiendo con el pasado y con la sociedad, rompiendo con lo hecho por otros o aceptándolo sólo provisionalmente, a reserva de hacer algo nuevo. Pero esta vez algo creado por la razón que une al igualar. Descartes expresa esta aventura que se haya patente en la conciencia del hombre europeo de esa época. Ya otros hombres se habían lanzado a los mares y a continentes desconocidos para hacer realidad este nuevo mundo; Descartes tratará de realizarlo en su propia conciencia. Va a ofrecer las bases de esta nueva aventura. Una aventura a la cual podrán o no concurrir todos los espíritus. Una aventura personal, nacida de la propia convicción que no imita a otros ni invita a ser imitada. Aventura en la propia soledad de la conciencia. Descartes previene diciendo: "Mis designios no han sido nunca otros que tratar de reformar mis propios pensamientos y edificar sobre un terreno que me pertenece a mí solo. Si, habiéndome gustado bastante mi obra, os enseño aquí el modelo, no significa esto que quiera yo aconsejar a nadie que me imite. Los que hayan recibido de Dios mejores y más abundantes mercedes, tendrán, sin duda, más levantados propósitos; pero mucho me temo que este mío no sea ya demasiado audaz para algunas personas.

Ya la mera resolución de deshacerse de todas las opiniones recibidas anteriormente no es un ejemplo que todos deben seguir." En el llamamiento de Descartes existe el mismo espíritu de aventura que apenas ayer había hecho posible el descubrimiento de América. Colón, Cortés y todos los grandes capitanes del Descubrimiento y la Conquista habían hecho invitaciones semejantes. En sus expediciones sólo podían tomar parte los voluntarios, aquellos individuos hastiados del Viejo Mundo que anhelaban otro; individuos de imaginación desbordada que se sentían insatisfechos con su propia realidad. Individuos que anhelaban un mundo nuevo creado por cada uno de ellos de acuerdo con su imaginación y su fantasía.

El espíritu de aventura caracterizará las diversas formas de expresión del hombre moderno. Formas que a su vez harán patente las diversas e individuales actitudes del hombre europeo que habrán de dar origen a las no menos diversas nacionalidades de este Continente. Espíritu de aventura es espíritu de evasión. El nuevo hombre, hastiado de un mundo que no ha podido hacer, que encuentra hecho, busca la forma de eludirlo para crear otro. Abandona la seguridad que ofrece lo conocido y se lanza a la aventura del inseguro desconocido. España lanza a sus hijos a la aventura mística y a la aventura del descubrimiento y conquista de un nuevo Continente. Inglaterra, a esa aventura que ha hecho posible el mundo capitalista. Y Francia, siempre precavida, a la aventura de la conciencia que ahora recordamos encarnada en Descartes. Aventuras, todas ellas, en las cuales sólo cuenta la voluntad de los individuos. Empresas personales en las que se juega todo para ganarlo todo. Aventureros que queman sus naves para encontrar a Dios, un imperio, un gran mercado o la más segura de las certezas. En estas aventuras no hay intermediarios y todos los medios son válidos. No hay póliza contra riesgos, y el que a ellas se lanza se juega el alma, la vida, la fortuna o la seguridad del conocimiento.

Y lo primero que se juega, lo primero a que se renuncia, es el pasado. Este se presenta al hombre como lo que es, sin más, sin posibilidad de ser otra cosa; esa otra cosa que él quiere ser. El pasado se presenta como el ser que ha consumido todas sus posibilidades. Es lo realizado, lo que no permite posibilidad alguna de realización. El hombre europeo se encuentra con un mundo hecho, un mundo en el que siguen mandando los muertos. Estos imponen sus leyes y conductas.

Ellos son la fuente de todas las desigualdades. La situación del hombre se encuentra dependiendo de actitudes *meramente accidentales* de sus antepasados. El nuevo hombre, que no encuentra acomodo en este mundo hecho, se rebela contra él y se lanza a la creación de un mundo nuevo, sin meta, situado en un futuro que no tiene fin y que habrá de expresarse en la palabra "progreso". El progreso es eso, permanente aventura. Un no ser mañana lo que es hoy. Un considerar hipotético todo adelanto porque aún hay más por adelantar. El progreso sólo tiene puntos de llegada, nunca metas definitivas. Puntos de llegada siempre hipotéticos, inseguros, pero siempre diversos, llenos de sorpresas y, por lo mismo, llenos de posibilidades para hombres que carecían de ellas.

Esos puntos de llegada, esas metas nunca definitivas, deberán ser obras personales. Resultado de decisiones individuales y únicas. La historia habrá de empezar con cada una de ellas. El nuevo hombre aspira a un mundo sin compromisos y, por lo mismo, sin limitaciones. Un mundo virgen, donde todo esté por hacer, donde toda acción sea posible. Un mundo que podrá ser hecho o rehecho según la fantasía del individuo. De este mundo habla Descartes cuando dice: "Ocurrióseme considerar que muchas veces sucede que no hay tanta perfección en las obras compuestas de varios trozos y hechas por manos de muchos maestros, como en aquellas en que uno solo ha trabajado." De esta manera, agrega, podemos ver qué edificios en los que sólo ha trabajado un arquitecto suelen ser más hermosos y ordenados que aquellos en los cuales han colaborado otros o han utilizado viejos muros construídos para otros fines. El pasado era eso, un conjunto de viejos muros hechos para los fines de otros hombres que no eran los de los hombres que ahora vivían. Las leyes, costumbres, religión y política presentes poco o nada tenían que ver con el nuevo hombre, que se encontraba dentro de ellas como un condenado.

"Esas viejas ciudades —agregaba el filósofo francés—, que no fueron al principio sino aldeas, y que, con el transcurso del tiempo han llegado a ser grandes urbes, están, por lo común, muy mal trazadas y acompasadas, si las comparamos con esas otras plazas regulares que un ingeniero diseña, *según su fantasía*, en una llanura." De eso se trataba, de construir un nuevo mundo según la fantasía, diseñado en una llanura sin obstáculos, es decir, sin historia, sin tradición, sin comunidad, sin compromiso con los otros. Este mundo sólo podía estar en el futuro. En el

futuro el hombre podía ser aquello que no había podido ser. El futuro es la fantasía, la imaginación, lo que aún no es y por lo mismo puede ser en infinitas posibilidades. Para hacer posible este mundo en la conciencia, Descartes rompe con su realidad mediante su famosa duda metódica. Y una vez que ha roto con toda la realidad que le circunda, una vez que ha roto todos sus compromisos con ella, reinicia su construcción. Como si nada estuviese hecho, como si todo tuviese que ser sacado nuevamente de la nada, de esa nada que es el futuro. La imaginación toma el papel del Creador e inicia la más audaz de las aventuras.

A este hombre, del cual es Descartes una de sus expresiones, se le ha presentado América como el campo ideal para la creación de sus fantasías. La realidad insuficiente que es Europa empuja al europeo al descubrimiento de una tierra que por desconocida llena la fantasía de éste. América nada tiene que ver con su historia, con su tradición, con todo lo que ha sido en el pasado. América se presenta como lo más irreal y, por lo mismo, lo más pleno en posibilidades. Allí también hay hombres, pero hombres de una naturaleza especial. Hombres sin historia, porque la historia que ellos puedan tener no significa nada para el europeo. Y no comprometiéndole, el europeo puede hacer de este mundo lo que le plazca. El Continente Americano y sus hombres se presentan como blanda materia que puede ser modelada de acuerdo con la fantasía del hombre europeo. El hombre americano es el buen salvaje, el hombre natural, el hombre bueno por naturaleza, la nada, por excelencia, para la historia. Sólo la historia podía haberlo extraviado, desviado. Es el ideal de lo que quisiera ser el hombre europeo, el reflejo de su imaginación, su proyecto.

* * *

El descubrimiento de América ha sido posible debido a la actitud que el nuevo hombre de Europa había adoptado y que con tanta precisión había de resumir la filosofía de Descartes. América surge en medio de una de las más grandes crisis de la cultura europea: la crisis que han provocado la caída de las viejas formas de la cultura cristiana y el surgimiento de la cultura de la llamada modernidad. El descubrimiento de América no ha sido obra del azar. Los europeos se encuentran con América porque la llevan en su conciencia, en su imaginación y fantasía.

Europa necesitaba de un mundo donde evadirse de una realidad que se presentaba como cerrada, como lo hecho y suficiente. Necesitaba de un mundo por hacer. El europeo que había perdido la fe en el viejo mundo cristiano necesitaba de un mundo nuevo donde colocar sus nuevos ideales, donde hacer patentes sus proyectos. Un mundo de lo que quería ser a reserva de cambiar el mundo que sólo aceptaba provisionalmente, como lo expresa el mismo Descartes. América, como realidad natural, era tan vieja como Europa; pero no fué descubierta hasta que el europeo sintió necesidad de ella.

El paso de la Edad Media a la Edad Moderna fué uno de los pasos más difíciles de la historia de la cultura occidental. Los viejos poderes medievales se resistían a abandonar su imperio, entablándose la lucha entre estos poderes y las fuerzas de la modernidad que surgían. La Iglesia y los poderes feudales se negaban a dejar el paso a las nuevas formas de sociedad. Por un lado, las nuevas monarquías se enfrentaban al feudalismo para crear las bases de las nacionalidades modernas. Por el otro, los reformistas se enfrentaban al imperialismo de la Curia Romana. A la guerra contra los señores feudales siguió la guerra de religiones. La violencia y el crimen se adueñaron de Europa, esa violencia de que fuera testigo el propio Descartes. A la intransigencia se contestó con la intransigencia, a la violencia con la violencia, al fanatismo con el fanatismo. Los monarcas vencían a los viejos autócratas feudales para convertirse en autócratas nacionales. Los reformistas, que reclamaban la libertad en materia religiosa, se convirtieron en feroces perseguidores de quienes no seguían sus creencias. Si Roma quemaba a un Giordano Bruno, Calvino en Ginebra hacía quemar a un Miguel Servet. Descartes sabía también de esto, y se cuidaba mucho de caer en manos de uno o de otro de los fanatismos que se disputaban el mundo moderno.

Esta realidad había hecho sentir en el hombre europeo la necesidad de establecer un mundo nuevo. Un mundo en el que deberían ser eliminados todos los antagonismos, limadas todas las desigualdades de criterio. Para ello era menester desembarazarse del pasado, de ese pasado que dividía y originaba todas las violencias. Era necesario empezar otra historia, una historia sin contratiempos, sin obstáculos. Una historia limpia de compromisos. Una historia planeada y calculada desde el principio en la cual cupiesen los sueños de todos los individuos, sus fantasías y proyectos. Sin embargo, este ideal no podía ser declarado abiertamen-

te. Los viejos poderes tenían aún suficiente fuerza para estrangular cualquier proyecto que los amenazase directamente, o al menos para dilatarlo. Por esto Descartes, consciente de lo peligrosa que es su filosofía para el viejo mundo, dice: "No sería en verdad sensato que un particular se propusiera reformar un Estado, cambiándolo todo, desde los cimientos, y derribándolo para enderezarlo." "Esos grandes cuerpos políticos —agrega—, es muy difícil levantarlos, una vez que han sido derribados, o aun sostenerlos en pie cuando se tambalean, y sus caídas son necesariamente duras." No, a este mundo había que derribarlo de retache. Antes había que *imaginar* un mundo donde todos los sueños del nuevo hombre pudiesen ser realizados, y, después, atacar la propia realidad. Así, lo que el europeo no podía realizar mediatamente en Europa, lo realizaría con la imaginación en América.

América se presentó así como el nuevo mundo por excelencia. El nuevo mundo al que aspiró el hombre renacentista, el hombre que quería volver a nacer como historia. En América situará el europeo todas sus utopías, los mundos que imaginaba crear, los mundos que anhelaba construir. América era la nueva tierra de promisión. Tierra de promesas, de posibilidades. La perfección de que se le rodeó fué el reverso de la realidad que se quería destruir. En su perfección ideal se hacía patente la crítica insuficiencia expresada por la realidad europea. Las cualidades de que se dotaba a la América eran defectos que se señalaban en Europa. La imaginación del nuevo hombre dibujó en América la imagen de lo que quería fuese el futuro de Europa. América era el ideal a realizar por Europa, el modelo conforme al cual debería rehacerse. En otras palabras, América no vino a ser otra cosa que otra Europa. Esto es, su futuro, una nada como realidad. En América pudieron evadirse los inconformes con la realidad europea. Evasión real, pero aun dentro de esta realidad, evasión imaginaria. Se hizo de América una Nueva Europa.

* * *

América vino a ser así la piedra de toque de la justificación de una serie de ideas nuevas con las cuales el hombre moderno se enfrentaba a su pasado. Todo lo que el hombre había hecho hasta ayer adquiría un carácter accidental. Había hecho eso, pero podía haber hecho otra

cosa. Por esta razón, el pasado, lo hecho, no podía imponerse al nuevo hombre. La aceptación de este pasado, su vigencia, dependía del hombre que vivía. Los muertos dependían de los vivos y no al revés. De aquí la relatividad de costumbres, religión, política, sociedades, etc. De esta relatividad daba buena cuenta el mundo descubierto. "Bueno es saber —decía Descartes— de las costumbres de otros pueblos, para juzgar las del propio con mejor acierto, y no creer que todo lo que sea contrario a nuestras modas es ridículo y opuesto a la razón, como suelen hacer los que no han visto nada." "Es cierto —agregaba— que, mientras me limitaba a considerar las costumbres de los otros hombres, apenas hallaba cosa segura y firme, y advertía casi tanta diversidad como antes en las opiniones de los filósofos. De suerte que el mayor provecho que obtenía, era que, viendo varias cosas que, a pesar de parecernos muy extravagantes y ridículas no dejan de ser admitidas comúnmente y aprobadas por otros grandes pueblos, aprendía a no creer con demasiada firmeza en lo que sólo el ejemplo y la costumbre me había persuadido." En estas mismas ideas había abundado Montaigne haciendo concreta referencia a la diversidad de costumbres entre los "caníbales" de América y los cultivados europeos que se despedazaban para imponer sus opiniones. Todo ese mundo que parecía seguro y firme no era, en realidad, sino algo relativo y, por ser relativo, pasible de cambio. "No todos los que piensan de modo contrario al nuestro son por ello bárbaros y salvajes —repetía Descartes—, sino que muchos hacen tanto o más uso que nosotros de la razón." Todo era un problema de educación, de formación. La diversidad de ideas y actitudes provenía de ese haber tenido diversos maestros en la vida. "Un mismo hombre, con su mismo ingenio —sigue diciendo—, si se ha creado desde niño entre franceses o alemanes, llega a ser muy diferente de lo que sería si hubiese vivido siempre entre chinos o *caníbales*." De ahí la relatividad de las opiniones y la inutilidad de todas esas discusiones y matanzas a las que se había entregado Europa. Lo más firme, lo más seguro, estaba en la razón; esto es, en lo que hace de un hombre un hombre. Todo lo demás, por relativo y accidental, dependía de la elección del hombre, de su libertad. Era en nombre de esta libertad que se ponía entre paréntesis la vigencia del mundo dado. Al nuevo hombre le tocaba negar o refrendar su vigencia. Aceptarlo o negarlo.

Consciente de esta su máxima posibilidad, la de su libertad de elección, el hombre moderno aceptaría el mundo dado con el carácter de provisional, a reserva de cambiarlo parte por parte, de acuerdo con sus posibilidades materiales. Aun esta aceptación provisional iba a tomar un signo distinto. Se le aceptaba racionalmente. Como algo necesario para no permanecer "irresoluto", había dicho Descartes. Pero la vigencia de esta provisionalidad dependía ahora del individuo. Para su vigencia no contaba más el pasado. La Iglesia y el Estado, que hasta ayer se apoyaban en todo un pasado religioso y mítico, dependían ahora de una voluntad individual que, convertida en voluntad general, podría poner fin a su poder cuando así lo decidiese.

* * *

La consciencia de su libertad llevaría al individuo, en una primera etapa, a la pura evasión de su realidad. La evasión que realiza Marco Polo que viaja por ver, por conocer otros pueblos y otras costumbres. La evasión que estimula a los voluntarios que siguen a Colón y la de los que seguirán a los grandes capitanes de la Conquista de América. Puro afán de ver y entregarse a un mundo desconocido, de maravillas. El mismo mundo que se dibujaba en los libros de caballería en donde se inspirarían los futuros aventureros del descubrimiento y la conquista. Otro será el afán que lleve a los pasajeros del "Mayflower". Estos también se evaden de la cerrada circunstancia europea, pero van dispuestos a construir en América una nueva Europa. Una Europa de acuerdo con sus sueños y fantasias. Una Europa planificada, realizada conforme a los lineamientos de su razón. Esa misma razón de acuerdo con la cual Descartes iniciará en la propia Europa la reconstrucción anhelada.

En América se han reflejado los proyectos de libertad de los nuevos europeos. Los críticos de la vieja Europa reflejan en ese país o países recién descubiertos el tipo de vida que anhelan. Ya no se conforman con evadirse, ahora quieren reconstruir un mundo que ya no les satisface. Un nuevo orden debe ser establecido; pero ya no el orden de la autoridad que se apoya en la tradición, el tiempo, la historia, sino un orden que tenga como base la propia libertad. Una libertad que decide limitarse voluntariamente para dar origen a un nuevo tipo de

sociedad. Ese mismo tipo de libertad autolimitada que dará origen al "contrato social" de que hablará más tarde Rousseau. Esta idea se anuncia en Descartes cuando dice: "Imaginaba yo que esos pueblos que fueron antaño medio salvajes y han ido civilizándose poco a poco, haciendo sus leyes conforme les iba obligando la incomodidad de los crímenes y peleas, no pueden estar tan bien constituídos como los que, *desde que se juntaron, han venido observando las constituciones de algún prudente legislador.*"

Leyes, costumbres, ciudades y formas de política surgidos, no por amontonamiento temporal, sino por un acto de planificación racional aceptada libremente por la voluntad de la mayoría. Un orden apoyado en la libertad. Ese orden por el cual pugnará, siglos más tarde, la Revolución francesa. Tal era el ideal de nuevo orden perseguido por los peregrinos del "Mayflower" y los que les siguieron en América. Un orden que pondría fin a las sangrientas disputas que sobre opiniones de todos los tipos se planteaban en Europa. Antes de que estas expediciones se realizasen, los utopistas del Renacimiento hablaban ya de este ideal y lo situaban en esas tierras desconocidas recién descubiertas. Para estos utopistas lo fantástico, lo maravilloso, no se encontraba ya en el posible encuentro de monstruos mitológicos, sino en el encuentro de sociedades bien gobernadas, sin violencias, por la pura voluntad de los gobernados. Dice Tomás Moro en su *Utopía*: "Después de una expedición de muchos días encontraron fortalezas, ciudades y repúblicas admirablemente gobernadas." A estos imaginarios expedicionarios no les sorprende ya, como pudo sorprender a conquistadores hispanos, el encontrar monstruos. "Tales monstruos —dice Moro— no tienen novedad alguna, ya que los Escilas, los rapaces Celenos, los Lestrigones devoradores de pueblos y otros terribles y semejantes portentos, casi en ningún sitio dejan de encontrarse, mientras no es tan fácil hallar ciudadanos gobernados recta y sabiamente." En estas ciudades podrían encontrarse los modelos para corregir los errores de otras ciudades, naciones y pueblos. Esto es, de esa Europa que merecía ser reformada. La Europa a la cual se refiere Moro concretamente comparándola con esa serie de ciudades ideales que se encuentran en ese nuevo mundo hasta ayer desconocido. Utopía es bien diferente de Europa. "Es un país que se adiministra con tan pocas leyes y eficaces, que aunque se premie la virtud, por estar niveladas las riquezas, todo existe en abundancia para todos." Aquí todos conocen las leyes, porque son pocas y fáciles de interpretar. Porque tienen la "claridad y distinción" de que

hablaría Descartes. Y Campanella, otro de los utopistas, ha dicho: "Las leyes de la Ciudad del Sol son pocas, breves y claras."

Respecto a la misma formación de las ciudades de Utopía, Moro las describe de acuerdo con el ideal de ciudad bien construída de que más tarde hablaría Descartes y al cual nos hemos referido antes. Todas son ciudades planificadas, hechas de acuerdo con un plan, de acuerdo *con la fantasía de un solo arquitecto.* "Conocer una de sus ciudades es conocerlas todas —dice Moro—; hasta tal punto son semejantes entre sí, en cuanto la naturaleza del lugar lo permite." La planificación de las ciudades es semejante a la planificación de las costumbres, religión, leyes, etc.; por esto son perfectas. Todas están hechas de acuerdo con un plan, no interviene en ellas el azar. Una sola mente, una sola razón las ha hecho, por esto no hay imperfección de lo que se va acumulando.

En la *Utopía* se hace transparente el mismo ideal de Descartes: la negación de la historia; la negación de lo que sólo puede considerarse como un accidente. Aquí todo ha sido construído de acuerdo con un plan racional. De ahí su perfección y sencillez. Nada ha sido olvidado, ni el trazo de las ciudades, ni las leyes, ni las costumbres. Todo es aquí uniforme, tan uniforme como lo es la razón o buen sentido de los hombres. De ahí viene la uniformidad y, con ella, el acuerdo de todos los que forman estas sociedades. Cada cosa está en su lugar, de acuerdo con este plan. Por esto Utopía es una ciudad maravillosa, sencilla, firme. La claridad y distinción la caracterizan.

Utopía es tanto más sencilla por cuanto está más cerca de lo natural al hombre. Allí no rige más tradición que la de la mente que la planificó. No hay historia, porque la historia es la fuente de todas las complicaciones y desdichas. Los hombres de Utopía son felices porque son naturales. En todos sus actos es su razón la que legisla. La razón es, para Moro, el instrumento de la naturaleza que apetece lo que conviene al hombre y deshecha lo que le daña. "Afirman los utópicos —dice Moro— que la naturaleza misma nos prescribe una vida agradable, es decir, el placer como meta de todas nuestras acciones, y definen la virtud como la vida ordenada de acuerdo con los dictados de la naturaleza." "Llaman placer a todo movimiento corporal o anímico con el cual, obedeciendo a la naturaleza, se experimente un deleite; en ese concepto incluyen, y no sin motivo, los apetitos naturales. Los sentidos y razón aspiran, en efecto, a lo naturalmente agradable y a lo que se consigue sin detrimento

ajeno ni ocasionar la pérdida de otro placer mejor ni acarrear molestia alguna." Todo lo contrario de los europeos, que buscan placeres contrarios a la naturaleza, por lo cual no pueden alcanzar la felicidad: el hacer de la ropa un distintivo o el acumular riqueza no causa más que infelicidad.

Frente a la intransigencia religiosa, Utopía es también un ejemplo para Europa. Aquí se encuentran juntas diversas religiones, aunque la mayor parte de los habitantes de Utopía crean en sólo Dios, eterno, inmenso e inexplicable. El planificador de Utopía ha decretado "que cada ciudadano pueda seguir la religión que desee e, incluso, hacer prosélitos; pero procediendo con moderación, dulzura y *razones*, sin destruir brutalmente las demás creencias ni recurrir a la fuerza ni a las injurias". El mismo, "juzgó tiránico y absurdo exigir a la fuerza y con amenazas que todos aceptasen una religión tenida por verdadera, aun cuando una lo sea en efecto y falsas las restantes". Aquí sólo ha sido detenido un cristiano que se puso a predicar públicamente sobre su religión condenando a las otras sin distinción y amenazando con el fuego eterno a los que no la siguiesen. Este cristiano, dice Moro, fué aprehendido y desterrado, no por ultraje a la religión, sino por alboroto público. Porque una de las leyes de la ciudad establece que nadie puede ser molestado por sus creencias.

En esta forma, Utopía, ese país situado en las tierras hasta ayer no conocidas, sirve al europeo para criticar una realidad con la cual no está ya de acuerdo. Sobre el ruinoso edificio de un mundo que se desmorona, agrietado con sus múltiples contradicciones, se quiere levantar un mundo nuevo. La crítica se hace cada vez más atrevida. Pronto este ideal de reconstrucción dejará de dar rodeos para encararse directamente con su realidad. Descartes realiza este primer y más poderoso esfuerzo de reconstrucción. También, como los utopistas, se evade de su realidad negándola; pero, a diferencia de ellos, ha encontrado en esta evasión el método más seguro para reconquistar su realidad, transformándola una vez que ha sido apresada. Descartes aspira también a rehacer su realidad. Al igual que los críticos anteriores pone en evidencia la imperfección del mundo con el cual se ha encontrado; pero hace también patente la accidentalidad de estas imperfecciones. Lo perfecto, lo firme y lo seguro están en el mismo hombre. La crítica debe hacerse a este hombre. El es el que tiene que ser puesto en crisis. Pero esta crisis debe ser obra del hombre mismo. Del hombre como individuo único y libre. La recons-

trucción del mundo debe empezar en el hombre. Antes de cambiar el Estado, la religión y las costumbres, debe encontrarse la base sobre la cual ha de ser realizado este cambio. Y esta es una obra personal. Tan personal como lo es el método que Descartes muestra a sus contemporáneos, sin pretender, por esto, que sea necesariamente adoptado por ellos. Es esta una aventura en la que sólo voluntarios pueden tomar parte. Para cambiar el aspecto de una ciudad no es necesario que se obligue a todos los habitantes a realizar esta transformación, basta que varios de estos manden "echar abajo sus casas para reedificarlas", y, si luego son imitados por la mayoría, la ciudad podrá ser plenamente transformada. "Mis designios —dice Descartes— no han sido nunca otros que tratar de reformar mis propios pensamientos y edificar sobre un terreno que me pertenece a mí solo. Si, habiéndome gustado bastante mi obra, os enseño aquí el modelo, no significa esto que quiera yo aconsejar a nadie que me imite."

* * *

Tal era, pues, la mentalidad del hombre europeo que había hecho posible, entre otras muchas cosas, el Descubrimiento y colonización de América y el nuevo método de Renato Descartes. Una y la misma es la conciencia de América y la del sistema filosófico que se inicia con el antiguo escolar de la Fléche. América, como el sistema cartesiano, es una creación de la conciencia europea; creación del nuevo hombre que en esta forma eludía sus circunstancias para volver sobre ellas y reformarlas. Un nuevo humanismo se hace patente en lo uno y en el otro. Su eje es el individuo. Este será el único y seguro responsable del mundo que ha de formarse. De aquí ese carácter de aventura que le señalábamos. La responsabilidad deja de ser social y se convierte en moral. No se responde ya ante poderes tradicionales y divinos, sino ante un poder que se supone tiene su fuente en la voluntad del mismo individuo. La nueva sociedad expresa esta voluntad. Sus limitaciones tienen su fuente en la misma. No hay fuerza exterior que la constriña, es ella misma la que se autolimita. De aquí su carácter moral.

Aventura moral. Por vez primera el hombre abandonaba toda justificación externa de sus actos y asumía la responsabilidad directa de los mismos. Pero, como toda aventura, su resultado era imprevisible. La misma

voluntad que creaba este mundo moral podía también destruirlo. La responsabilidad podía transformarse en irresponsabilidad. El hombre, abandonado a sus propias fuerzas, podía, fácilmente, falsificar ese mundo de autenticidad que se perfilaba. Las que eran obligaciones morales podrían ser convertidas, con la misma facilidad, en derechos. Se crearía entonces un mundo de justificaciones trascendentes, las cuales, por tener su origen en el mismo individuo, no vendrían a ser otra cosa que refinadas formas de hipocresía.

Parece que ahora nos encontramos al final de esta aventura. Un severo análisis de la misma nos podría mostrar sus fallas y sus errores. Pero éstos no se harían patentes sino ante mentes que tienen ya otro sentido de lo existente. Para la aventura pura no hay fallas ni errores porque no hay meta definida. Cualquiera que sea el lugar a donde se llegue, es el resultado natural de toda aventura. No tiene sentido hablar en la misma de éxito o fracaso sino del fin de la aventura. Descartes decía: "Mi segunda máxima fué la de ser en mis acciones lo más firme y resuelto que pudiera y seguir constante en las más dudosas opiniones, una vez determinado a ellas, como si fuesen segurísimas, imitando en esto a los caminantes que, extraviados en algún bosque, no deben andar errantes dando vueltas . . . sino caminar siempre hacia un sitio fijo . . . aun cuando en un principio haya sido el azar el que les haya determinado a elegir un rumbo; pues de este modo si no llegan precisamente a donde quieren ir, *por lo menos acabarán por llegar a alguna parte . . .*"

LEOPOLDO ZEA